

Lluvia de sangre

Víctor Pliego

LA SANGRE nos salpica desde las pantallas, empapa nuestra retina y nuestra mente. La crueldad y el realismo de las escenas de violencia han alcanzado cotas que hace pocos años eran inimaginables. Viejas películas, que en su momento parecían terribles, han quedado convertidas en modelos de pundonor y mojigatería. Nuestra tolerancia a la violencia se ha dilatado hasta disolver sus límites, hasta convertirse en sed de sangre. La pasión de Cristo, del ultraconservador Mel Gibson, se vende ahora en los kioscos. Su precisa reconstrucción de las torturas inflingidas por los romanos al rebelde promete cuarenta y cinco minutos añadidos de horrores detallados hasta el paroxismo.

En *Gangs of New York*, de Martin Scorsese, pudimos “disfrutar” de la violencia de antiguos delincuentes aficionados a trinchar sujetos humanos con habilidad de matarifes. Partiendo de una más noble inspiración, *Troya*, de Wolfgang Petersen, fue disculpa para mostrar cómo hombres musculosos y atléticos se inflingen golpes, tajos, estocadas y laceraciones con armas antiguas hasta su completa destrucción física. En los tres casos, la historia ha sido la disculpa para recrear la violencia humana con complaciente delectación y precisión quirúrgico-anatómica.

Las tres películas han alcanzado gran éxito de taquilla. Puede que interesen al público por sus inteligentes diálogos, por su delicada emotividad, incluso por su contenido religioso, pero su atractivo reside, no nos engañemos, en la exhibición de sangre y brutalidad, en ese horror que en otros siglos llenaba los circos romanos hasta rebosar. ¿Qué significa este fenómeno? ¿Es acaso una catarsis liberadora a través del juego simbólico? ¿Una invitación a la violencia? ¿La preparación para la lucha total que se avecina? ¿Un augurio apocalíptico? No lo sé, pero no me gusta nada.